

dustrias acrecentaría su masculinización, dejando a las mujeres siempre los trabajos menos calificados y, por supuesto, peor pagados. Poco a poco, el aparato estatal, con su partido único, y apoyado en su poderosa Confederación de Trabajadores, fue premiando a las líderes militantes que supieron mostrar su lealtad y se subordinaron a los cacicazgos sindicales que, finalmente, siempre dominaron los hombres. Sin embargo, debemos pensar con Fowler que, gracias al trabajo fuera de casa, al salario ganado, a la experiencia que da el participar en organizaciones sindicales y sociales, fuera surgiendo un nuevo tipo de relaciones horizontales que provocó inexorablemente que las mujeres pudieran construir una cultura obrera propia, pero sobre todo,

que esa pertinaz visión de las elites de catalogarlas como mujeres de moral relajada, si no es que de prostitutas, o malas madres, por el simple hecho de salir a trabajar, tuviera que irse modificando.

Por eso entendemos también la razón por la que después de la Revolución, el hogar, ese “idílico lugar”, ese “templo sagrado” en el que el Ángel debía reinar desde el siglo XIX, resultó ser una vez más, y por mucho tiempo, el campo de batalla en el que cada ideología se debatirá por el control de sus mujeres. Como lo dijo furiosa y claramente la comunista y secretaria general del Frente Único para los Derechos de las Mujeres, Cuca García a finales de los años treinta, en la investigación de Jocelyn Olcott sobre las mujeres en el Frente Po-

pular de México: “la pólvora de los campos de batalla nos roció muchas veces los cabellos sin hacernos retroceder, pero el gobierno de nuestro país nos envió a casa cuando acabó la Revolución[...]”, porque a pesar de haber sido elegida, por más de 10 mil votos para participar en el Congreso por el PNR, éste se negó a reconocerla.

Este libro narra sobre todo la gran lucha llevada a cabo tanto por católicos como por el Estado, e incluso por los socialistas y comunistas, aunque cada uno por diferentes motivos, por refrendar el patriarcado, después del desorden que había causado la Revolución y el alboroto que representaban las voces y los cuerpos insumisos de tantas mexicanas empeñadas por hacer valer sus derechos de ciudadanas.

Dime cómo habitas y...

María Dolores Morales

Enrique Ayala Alonso, *La idea de habitar. La ciudad de México y sus casas, 1750-1900*, México, UAM, 2009.

Además del sugerente título que el arquitecto Enrique Ayala Alonso da a su obra, nos ofrece también un

libro inteligente, ameno y bien escrito, resultado de una rigurosa investigación que tiene como objetivo central el estudio del proceso de cambio de la vivienda y de las maneras de habitarla, dentro de un periodo que abarca desde las reformas borbónicas hasta el inicio de la urbe moderna.

En la historiografía mexicana, el tema de la casa se ha analizado

poco; además, la mayoría de los estudios lo abordan desde la perspectiva de su morfología física o de su valor artístico. Pocas veces estas formas constructivas se han relacionado con la manera en que los diferentes grupos sociales las concibieron y las habitaron. Por ello es muy enriquecedor el enfoque de Ayala, pues reconstruye la historia de la casa no sólo desde el

punto de vista arquitectónico, sino también desde la óptica de la historia de las mentalidades. Para esto, analiza los valores que sobre la acción de habitar compartían las familias en los momentos estudiados, así como las ideas que tenían sobre la privacidad y la intimidad y sus gustos para decorar los interiores de las viviendas donde se desarrollaba su vida doméstica. No está de más decir que el autor considera fundamentales a todos estos elementos.

La idea principal que hilvana al trabajo es que las raíces de la casa actual se remontan dos siglos y medio atrás y que su proceso de cambio cristalizó como resultado de las transformaciones impulsadas por dos movimientos políticos clave: las reformas borbónicas de mediados del siglo XVIII y la reforma liberal de mediados del siglo XIX. La primera marcó una etapa distinta en la historia de la ciudad, de la casa y de las conductas colectivas y además estremeció todas las estructuras existentes en la sociedad novohispana y las proyectó hacia su modernización. De este modo, surgieron muchos de los nuevos valores cimentados en la filosofía de la Ilustración en lo concerniente con el hecho de habitar. Por su parte, la reforma liberal estableció un nuevo orden jurídico, económico y social que permitió el progreso de la nueva nación al secularizar la vida cotidiana de la población, arrebatándosela a la Iglesia, que por siglos había controlado todas sus facetas. Asimismo, este movimiento dio origen al nacimiento del ciudadano del cual la ley no hace distinción alguna, haciendo posible así una diferente forma de habitar.

El libro está dividido en cinco capítulos; los dos primeros (“La reinvención de la urbe” y “La reforma toca a la casa”) examinan los efectos de las reformas borbónicas en la ciudad y en la casa. El autor señala que en la ciudad se pusieron en marcha una serie de medidas para dotarla de una imagen distinta, cuyo principio rector fue implantar un nuevo orden general que la concebía como una urbe ordenada, higiénica y funcional, una unidad total, sin distinciones entre la ciudad de españoles y los barrios indígenas. Con ese objetivo se implementó una división administrativa en cuarteles que se sobreponía a la parroquial; también se intentó desalojar de las calles a quienes hacían uso de ellas, con el objeto de destinarlas únicamente a la circulación y se creó una infraestructura de servicios públicos ligada a la salubridad y a la comodidad de los habitantes (por ejemplo, la construcción de atarjeas, el empedrado de calles, la recolección de basura, la colocación de placas con la nomenclatura y la creación de paseos). Asimismo se establecieron grandes centros de trabajo, como la fábrica de tabaco, que propiciaron la separación entre las actividades domésticas, las productivas y las comerciales.

A través del análisis y la detallada lectura de planos y fachadas de casas de distintos rangos sociales, Enrique Ayala nos explica las transformaciones ocurridas; verbigracia, entre los cambios ligados al pensamiento ilustrado que experimentó la casa destaca que al empezar a definirse los ámbitos de lo público y lo privado se dio una recomposición de la vida familiar

para asegurar una vida doméstica más privada e íntima por lo que se alejó a la servidumbre y a los empleados, que hasta entonces se consideraban parte de las familias. La antigua casa, que permitía en un mismo espacio la simultaneidad de usos para la vivienda y el trabajo, fue adquiriendo un uso dedicado exclusivamente a la vida familiar. El autor descubre también algunos cambios en la distribución de las casas, como el de una zonificación en su interior con el propósito de separar los recintos destinados al uso social de los de carácter íntimo, o como el surgimiento de espacios dedicados al estudio (bibliotecas y gabinetes). Los nuevos hábitos higiénicos y de limpieza corporal que se intentaba imponer, dieron origen a que se expidieran reglamentos para obligar a la población a construir lugares comunes al interior de las casas; será en los hogares de la elite donde se inicie la construcción de cuartos especiales para el baño, conocidos entonces como placeres.

Las viejas formas de la arquitectura doméstica colonial empezaron a cambiar al surgir un nuevo gusto estético —el neoclásico— inspirado en el arte grecorromano que sustituyó las fantasías ornamentales del barroco. Otros factores influyentes en este cambio fueron las nuevas tecnologías constructivas y los distintos materiales que empezaron a utilizarse como el ladrillo, los recubrimientos de yeso y los cielos rasos para ocultar la vigería de los techos. Los interiores también se modificaron al usarse madera en los pisos, telas impresas y papel tapiz en los muros y muebles, los cuales fueron más cómodos y se adaptaron

mejor a las características del cuerpo humano. El proyecto borbónico no se concretó tal y como estaba pensado, debido a la constante resistencia de la población concierne con las nuevas formas de vida, aunque no por ello dejó de provocar transformaciones.

En el tercer capítulo, “Años decisivos”, Ayala analiza las décadas posteriores a la Independencia, cuando la inestable situación económica y política del país dificultaron el avance de los cambios en el trazo de la ciudad y de la casa, por lo que éstos fueron limitados. Aquellos que pudieron darse, estuvieron vinculados con una paulatina secularización; no se construyeron edificios religiosos, en cambio se realizaron equipamientos para alojar a la vida urbana secularizada, por ejemplo, los dedicados al entretenimiento como teatros, cafés, restaurantes, fondas, cantinas y paseos que se convirtieron en el lugar de lo público.

Con respecto a la construcción habitacional, el autor considera que fue escasa y no registró grandes transformaciones; sin embargo señala que en el poniente de la ciudad y en las casas de campo que la elite estableció en los pueblos de los alrededores, aparecieron los primeros ejemplos de casas aisladas dentro de un terreno ajardinado, que permitían a sus habitantes alejarse de la calle y de las demás casas. La casa aislada y el jardín doméstico constituyeron así las innovaciones en estos años. Subraya también que con la independencia cambia la decoración de los interiores al surgir un nuevo menaje compuesto por sofás, sillones, grandes espejos, floreros encerrados en

capelos, relojes de mesa y pinturas o grabados en los muros.

Los capítulos cuarto y quinto (“Nuevos lugares y formas de habitar” y “Habitar en la vieja ciudad”) se refieren a la cristalización del proceso de modernización de las formas de habitar —resultado de la promulgación de las leyes de Reforma que originaron la ruptura definitiva con el antiguo régimen y con los valores de una sociedad basada en actores colectivos— mismas que se transformaron en otras regidas por individuos con derechos iguales. Se pasó así de un régimen en gran parte de propiedad corporativa a uno de propiedad privada, con lo cual nació el ciudadano que se convirtió en el principal personaje de la nueva manera de habitar.

Apoyado en una cuidadosa selección de planos, fachadas y fotos recopilados principalmente en el Archivo General de Notarías del Distrito Federal y en la Fototeca del INAH, Enrique Ayala nos explica lo que significó esta reforma en la transformación de la casa y de las formas de habitar. Al igual que en la ciudad, en la arquitectura doméstica los ámbitos de lo público y lo privado terminaron de definirse como espacios complementarios e interdependientes uno del otro, resultando en que la casa se configuró como un ámbito adecuado para la privacidad, la intimidad y el confort. El avance de la modernización se dio primero en la periferia de la ciudad, en las residencias campesinas que se construyeron en los poblados como Tacubaya y en los fraccionamientos fundados en terrenos de las haciendas y ranchos, tema que aborda el cuarto capítulo.

Las ideas imperantes sobre la higiene y la salud justificaban la búsqueda de un ambiente sano para disfrutar de una vida tranquila en contacto con la naturaleza que sólo podía encontrarse lejos de la ciudad. Dichas casas se construyeron aisladas, construidas en medio de jardines y separadas por los linderos y por el frente del terreno; eran amplias y elegantes, acordes con los nuevos gustos estéticos de la arquitectura ecléctica inglesa o francesa. Su distribución interna era también distinta, los bajos dejaron de destinarse a los servicios y alojaron a la vida social mientras que los altos se reservaron para la vida familiar e íntima; los comedores hasta entonces reservados a la vida privada se integraron a la vida social. En varias de estas casas, el nivel de los pisos interiores era más alto que el del jardín, lo que originó que el adentro y el afuera se definieran como ámbitos distintos propiciando la construcción de terrazas, miradores o balcones desde donde se podían contemplar los jardines y el paisaje.

Los materiales novedosos constituyeron también un factor determinante para la transformación de la arquitectura doméstica; las viguetas de hierro y las bovedillas de lámina de zinc sustituyeron a las bóvedas planas de ladrillo en los techos y los entrepisos. La iluminación también evolucionó: del uso de la trementina se pasó a las lámparas de gas y finalmente a la luz eléctrica. La higiene corporal adquirió mayor importancia y se instalaron cuartos de baño más equipados (tinajas, artefactos para el aseo y excusados de sifón) que incrementaron la demanda de agua e hi-

cieron necesaria la apertura de pozos artesianos.

Con respecto a los interiores de las casas, Enrique Ayala nos presenta una interesante reconstrucción de su transformación sustentada en diversas fuentes: una serie de fotos publicadas en la Crónica oficial de las fiestas del Centenario, un valioso avalúo de una casa de campo de Tacubaya localizado en el Archivo General de Notarías, así como algunas crónicas. Nos muestra de esta forma, cómo la elite, para dar una imagen de prosperidad y cultura y disfrutar de una vida más cómoda dentro de sus casas, se obsesiona por llenar los interiores de objetos procedentes de Europa. La nueva ornamentación de influencia victoriana está compuesta por: suntuosos muebles, elegantes pianos, cortinajes de terciopelo, pesadas alfombras, brocados o pinturas con escenas pastorales en los muros, chimeneas, espejos venecianos, grandes candiles, lámparas de pie y de mesa, obras de arte y finas porcelanas.

El libro cierra con un capítulo sobre los cambios de las casas en el interior de la vieja ciudad, donde el autor hace hincapié en que los ocurridos en la periferia fueron de diferente naturaleza. La nacionalización de los bienes del clero provocó una importante oferta de vivienda gracias al fraccionamiento de muchos de los conventos y a su venta a particulares; en algunos de esos desarrollos se construyeron casas

nuevas y en otros solamente se acondicionaron los espacios cerrando o abriendo puertas y ventanas. La diversidad de casas construidas en la parte central de la ciudad estuvo destinada a todas las clases sociales y se edificaron desde elegantes residencias hasta jacales, pasando por vecindades y casas de departamentos. Estas casas, a diferencia de las construidas en la periferia, estaban limitadas a implantarse en el frente y en los linderos del terreno, ya que el suelo era más costoso y no resultaba económicamente rentable construirlas por separado. En consecuencia, la mayoría formó manzanas compactas y fachadas continuas, aunque excepcionalmente se edificaron algunas con volúmenes retraídos que rompían el alineamiento y la continuidad de la manzana.

También aquí el autor descubre nuevas propuestas de habitación, aunque señala que se combinó un mayor número de elementos de la arquitectura colonial con las nuevas tendencias. En la mayoría de las casas, la organización de los espacios fue semejante a la de las viviendas coloniales: los servicios se ubicaron en la planta baja y las habitaciones en los altos, permaneciendo el comedor separado de la sala. Entre los elementos modernos estaban los jardines, las fachadas eclécticas, los tragaluces de acero y vidrio para iluminar espacios oscuros, los cuartos de baño dotados de comunes, los tocadores, y las salas de billar.

Las nuevas vecindades que se construyeron, a diferencia de las coloniales, no propiciaban la vida colectiva porque los patios se redujeron y se alteraron sus proporciones convirtiéndose en pasillos; en tanto que los patios individuales sustituyeron el uso comunitario del patio principal. De esta guisa, la casa se volvió moderna y distinta de la del antiguo régimen lográndose implantar una nueva forma de habitar.

Como hemos podido apreciar, el libro constituye un avance y una valiosa contribución al conocimiento histórico de la casa y de la idea de habitar en la ciudad de México. Enrique Ayala logra presentar de manera ágil y atractiva un análisis académico riguroso del proceso de transformación de las casas y lleva al lector, no sólo a los especialistas, a descubrir las raíces de lo que en la actualidad significa el acto de habitar; al mismo tiempo nos permite disfrutar de una magnífica documentación gráfica compuesta por cerca de cien imágenes entre planos, fotos, dibujos, grabados y postales. Su mayor y fundamental aporte radica, sin duda, en la manera en que incorpora estas imágenes al texto como documentos efectivos, que cuidadosamente examina e interpreta para que a través de ellos comprendamos el proceso general de transformación de la ciudad y sus casas, al mismo tiempo que imaginemos cómo era la vida íntima de las familias dieciochescas y decimonónicas.